

PERSONAJES

IFIGENIA.

THOAS, rey de Taurida.

ORESTES.

PYLADES.

ARKAS.

La escena pasa en una selva delante del templo de Diana.

LIBRERIA ALFONSO

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

IFIGENIA

Erguidas copas del sagrado bosque:
En vuestra eterna impenetrable sombra
Como en el templo mismo de la diosa,
Penetro ahora, cual la vez primera,
Enchida de temor; que el alma mía—5
Jamás á estos lugares se acostumbra.
La voluntad suprema á que me humillo
Oculta aquí me tiene ha largos años;
Mas soy, como al llegar, una extranjera
A quien el mar separa de los suyos.—10
Días enteros fija en sus orillas
La tierra de los griegos mi alma busca,
Sin que las olas traigan más respuesta
A mis suspiros, que rugidos broncos.
¡Ay del que solitario vive, y lejos—15
De sus padres y hermanos, le arrebató
El inmediato bien de entre los labios

Implacable pesar! Sus pensamientos
 Buscando van los paternos pórticos
 Donde para él se alzó por vez primera—20
 En los cielos el sol. Donde jugando
 Se unieron más y más con dulces lazos
 Los que nacieron juntos. No pretendo
 Razonar con los dioses; mas la suerte
 De la mujer deploro. El hombre es amo—25
 En su casa; en la guerra y en lejanas
 Tierras puede valerse. Dale goces
 La posesión, coronas la victoria,
 Y aparejada encuentra honrosa muerte.
 La dicha femenina ¡cuán menguada!—30
 Su goce y su deber es la obediencia
 Al áspero marido; y ¡desdichada,
 Si el hado adverso lejos la conduce!
 Esclava en lazos santos y severos
 Guárdame aquí Thoás, varón preclaro.—35
 ¡Ah! ¡Cuán avergonzada te confieso
 Que te sirvo á despecho, diosa mía,
 A ti, mi salvadora! Yo debiera
 Libre á servirte consagrar mi vida.
 Pero siempre esperé y espero ahora,—40
 Diana, en ti, que á mí, la abandonada
 Por un gran rey, en brazos me tomaste.
 ¡Hija de Zeus! Si tú á aquel hombre ilustre
 Agamenon, que es de los dioses émulo,
 Afligiste, exigiéndole su hija—45
 Predilecta, que puso en tus altares,

Y triunfante después desde los muros
 De Troya, hasta su patria acompañaste
 Conservándole á Electra y á su hijo
 ¡Tesoros tan preciados! y á su esposa,—50
 Devuélveme también á mis amados.
 ¡Y pues que de la muerte me libraste,
 De otra muerte me libra, de esta vida!

ESCENA II

IFIGENIA. ARKAS.

ARKAS. A la sacerdotisa de Diana
 Salud envía el Rey que aquí me manda.— 55
 Hoy Taurida á su diosa rinde gracias
 Por las nuevas victorias portentosas.
 El Rey llega, el ejército se acerca;
 Yo me adelanto para darte aviso.
 IFIG. A recibirlos dignamente estamos—60
 Preparadas. Propicia nuestra diosa
 De manos de Thoas ve el sacrificio.
 ARKAS. ¡Ay! ¡Así viese yo, sacerdotisa,
 ¡Oh consagrada virgen! tu mirada
 Que venero, luciendo más serena—65
 Feliz presagio á todos! Aún te cubre
 Interiormente pena misteriosa.
 En vano años enteros espiamos
 Una palabra franca de tu pecho.
 Desde que te conozco en estos sitios—70
 Siempre ante tu mirada fija tiemblo,

Y parece que el alma en férreos lazos
Tienes dentro del pecho aherrojada.

IFIG. Como conviene al desterrado y huérfano.

ARKAS. ¿Huérfana y desterrada aquí te crees?—75

IFIG. ¿Puede ser patria la extranjera tierra?

ARKAS. A ti extranjera se volvió la tuya.

IFIG. Por eso no hay para mi mal remedio.

Cuando en la tierna juventud el alma
De la vida paterna aun se nutría,—80

Y acoplados, lozanos los retoños
Del pie del viejo tronco, hasta los cielos
Por lanzarse pugnaban, desdichada,
Extraña maldición, de mis amados
Separóme, rompiendo y desgajando—85

Con férrea mano aquella unión hermosa.

¡Pasaron las delicias juveniles!

¡Pasó la flor de los primeros años!

¡Salvada, sólo fué mi propia sombra!

¡Nunca volví á sentir placer de vida!—90

ARKAS. Si tú quieres llamarte desgraciada,

Yo también te podré llamar ingrata.

IFIG. Gratitud siempre os tuve.

ARKAS. No la pura,

Por amor de la cual el bien se ejerce;

La que con la mirada, de alegría—95

Y afecto al bienhechor da testimonio.

Cuando el destino, arcano misterioso

A este templo te trajo ha largos años,

Como á don de los dioses recibíote

Thoas, con afición y con respeto.—100

Y esta orilla, terror del extranjero ,

Porque jamás ninguno la pisara

Sin ser, según costumbre de este reino,

Sacrificado en aras de Diana,

Fué para ti apacible y amistosa.—105

IFIG. Respirar libre no es la vida sólo.

¿Puedo llamar vivir á errar doliente

Cual sombra en torno de su propia fosa

En los Santos Lugares? ¿Llamar puedo

Vida consciente á la que en vanos sueños—110

Pasando cada día, nos prepara

A aquellos otros lúgubres, que el tétrico

Cortejo de los muertos sin memoria

Pasa inactivo orillas del Letheo?

Inútil vida es muerte anticipada.—115

¡Este, de la mujer, es mi destino!

ARKAS. Tanto de ti me duelo, que perdono

El noble orgullo con que mal te aprecias

Y te roba las dichas de la vida.

Desde que aquí llegaste, ¿nada has hecho?—120

¿Quién del Rey disipó las amarguras?

¿Quién difirió con dulces persuaciones

De un año á otro, la costumbre horrenda

De ofrecer en sangriento sacrificio

A Diana en su altar, todo extranjero,—125

Volviendo así á su patria prisioneros

A irremisible muerte condenados?

Y al carecer de las antiguas víctimas

La diosa, en vez de airarse, ¿no se rinde
En gran medida á tus suaves ruegos?—130

¿No cierne la victoria sus alegres
Alas sobre el ejército? ¿A su paso
No se adelanta? ¿Cada cual no siente
Su suerte mejorada desde el día

En que, por tu presencia suavizado—135
Nuestro Rey, sabio y fuerte, los deberes
Aligeró de la obediencia muda?

¿Llamaste inútil, y tu ser derrama
Bálsamo sobre tantos de consuelo!
¿Cuando eres fuente nueva de ventura—140
Para este pueblo, á donde un dios te trajo,
Tierra inhospitalaria, en cuya orilla
Vida y retorno al nauta preparaste!

IFIG. Para el que ve ante sí cuánto le queda
Que hacer aún, lo leve pasa pronto.—145

ARKAS. ¿Loas al que no aprecia lo que hace?

IFIG. Al que lo propio alaba se desprecia.

ARKAS. Es igual quien desdeña por orgullo
Al vano que pregona falso mérito.
Créeme y escucha la palabra mía,—150
Que en verdad y lealtad te soy adicto.
Cuando te hable hoy el Rey, de allanar trata
El camino, á lo que haya de decirte.

IFIG. Tus palabras benévolas me aflijen:
Siempre evito escuchar proposiciones.—155

ARKAS. Mira lo que haces; piensa en tu provecho.
Desde que perdió al hijo, el Rey confía

En pocos de los suyos; y aun en estos
Pocos su confianza no es como antes.
Ve receloso en cada hijo de noble—160
Un sucesor presunto: tiene miedo
A la aislada vejez; tiénelo acaso
A sediciones é impensada muerte.
El escita no gasta circunloquios,
Y el Rey, menos que nadie, acostumbrado—165
Al mando y á la acción, el arte ignora
De traer desde lejos el discurso
Sutil y con rodeos á un fin dado.
No con aplazamientos ni fingida
Ignorancia, su empresa dificultas;—170
Sal, complaciente, al medio del camino.

IFIG. ¿A lo que me amenaza adelantarme?

ARKAS. ¿Llamas á sus obsequios amenaza?

IFIG. No hay otra que me cause más espanto.

ARKAS. Pues sé con él al menos expansiva.—175

IFIG. ¿Si antes del miedo me librase el alma!

ARKAS. ¿Por qué tu nacimiento así le ocultas?

IFIG. Cuadra el silencio á la sacerdotisa.

ARKAS. No debe para el Rey haber secretos;
Y aunque nada él exige, bien comprende—180
Y bien profundo siente en su alma grande
Que de él con gran cuidado te recatas.

IFIG. ¿Hállase acaso contra mí enojado?

ARKAS. Aunque no habla de ti, podría creerse.
Yo, sin embargo, por palabras sueltas—185
Aprendí que domina en su alma fuerte

El ansia de poseerte. ¡Oh! No le dejes
Entregado á sí mismo, á fin que el tedio
No se arraigue en su pecho, te deponga
Y pienses ya después, arrepentida,— 190
En mi consejo, demasiado tarde.

IFIG. ¡Como! ¿Pensará el Rey lo que ninguno?
Amar su nombre, con el alma atada
Por celestes respetos, nunca osara.
¿Piensa desde el altar arrebatarne—195
Por la fuerza á su lecho? ¡Pues yo invoco
A los dioses eternos, y ante todos
A mi diosa, la intrépida Diana
Para que ampare á su sacerdotisa,
Y ella, la vírgen, á la vírgen guarde!—200

ARKAS. ¡Tranquila está! Nueva, potente sangre
No mueve al Rey á acometer tan ardua
Empresa juvenil. Según su modo
Otras duras medidas me recelo
Que por obra pondrá sin dilaciones;—205
Porque es firme, y su alma no se mueve.
De ahí mis ruegos; de él te fía; al menos
Si no puedes amar, sé agradecida.

IFIG. ¡Oh! ¡Dime, dime todo cuanto sepas!

ARKAS. Ya por él lo sabrás. El Rey se acerca.—210
Tu corazón, que le venera, mándate
Ir confiada y gustosa á recibirle.
Al varón noble, una palabra buena
De la mujer, lejos lleva.

IFIG. No veo

Cómo podré seguir tu leal consejo.—215
Gustosa empero al Rey mi deber cumplo
Pagando su bondad con dulces frases.
¡Ojalá complaciéndole pudiese
Las verdades decir al poderoso!

ESCENA III

IFIGENIA. THOAS.

IFIG. ¡Bendígale la diosa con favores—220
Dignos de un Rey; la gloria te conceda
Y la victoria, el bien de tus vasallos,
Riquezas, tus deseos todos cumpla!
Ya que á muchos solícito gobiernas,
Rara felicidad por muchos goces.—225

THOAS. Si el pueblo me alabase, contentárame.
Lo que yo gano, más lo gozan otros
Que yo. De todos, es el más dichoso,
Sea Rey, sea un pobre, aquel que tiene
En su casa la dicha preparada.—230
Cuando enemiga espada de mi lado
Arrancó mi postrer, mi mejor hijo,
Tomaste parte en mi dolor profundo.
Mientras me entregué todo á la venganza,
De mi morada no sentí el vacío.—235
Mas ahora que retorno apaciguado,
Vengado el hijo y asolado un reino,
Nada tengo en mi casa que me alegre.
La obediencia feliz que en otro tiempo

Brillar veía en todas las miradas,—240
 La anublan hoy cuidados y disgustos.
 Todos del porvenir se preocupan
 Y al rey sin hijos siguen, porque deben.
 Hoy llego al templo donde tantas veces
 Vengo á pedir victorias, y por ellas—245
 Vengo á dar gracias. En el pecho traigo
 Un antiguo deseo, que ni extraño
 Ni inesperado debe serte. Espero
 Para bien de mis pueblos y bien mío
 Como esposa llevarte á mi morada.—250

IFIG. ¡A una desconocida mucho ofreces,
 Oh Rey! La fugitiva avergonzada
 Ante sí, solo busca en esta orilla
 La protección, la paz que ya le diste.

THOAS. El gran secreto en que tu origen guardas—255
 De mí como del último, sería
 En cualquier pueblo, cosa injusta y mala.
 Esta tierra es funesta al extranjero;
 Ley necesaria, exclúyelo; tan sólo
 Bien acogida tú, de privilegios—260
 Favorables gozaste, y á tu guisa
 Y modo, cada día te complaces.
 Yo debía esperar tu confianza,
 Como es debida á quien leal hospeda.

IFIG. Si el nombre de mis padres; si mi casa—265
 Te oculté ¡oh Rey! causó el embarazo,
 No la desconfianza; pues sabiendo
 ¡Ay de mí! quien se encuentra en tu presencia

Qué cabeza maldita protegiste
 Y conservaste, presa del disgusto—270
 Tu noble corazón, en vez del trono
 Que me ofreces, tal vez me arrojaría
 Por siempre de tu reino, antes que alcance
 Mi peregrinación su fin marcado
 Y yo á verme otra vez entre los míos,—275
 Abandonada á la miseria horrible
 Que, con su mano yerta, en todas partes
 Guarda al que arrojaron de la casa.

THOAS. Sea cualquiera el designio de los dioses
 En lo que á ti concierne y á los tuyos,—280
 Desde que estás conmigo y los derechos
 De la hospitalidad sagrada gozas,
 Del bien que desde arriba me conceden
 No he carecido: mal me persuadiera
 Que he dado protección en ti á un culpable.—285

IFIG. Tu buena acción lo trae, que no tu huésped.
 THOAS. ¡No trae el bien hacerlo á los malvados!
 Terminen, pues, misterio y dilaciones.
 Esto, no te lo pide un hombre injusto.
 Nuestra diosa te puso entre mis manos,—290
 Y sagrada me fuiste como á ella:
 Su voluntad será mi ley futura.
 Si volver á tu casa crees posible,
 De toda obligación yo te descargo;
 Mas si tienes cerrado ese camino;—295
 Si tu raza es por siempre desterrada
 Ó por grandes desgracias extinguida,

- Por más de una razón me perteneces.
 Habla: que cumplo mis palabras sabes.
- IFIG. Mal contenta la lengua se desata—300
 Para decir secretos, largos años
 Escondidos, y que, una vez confiados,
 No pueden retornar del hondo pecho
 Al cierto asilo, daño ocasionando
 Según place á los dioses, ó provecho.—305
 Escucha pues: mi raza es la de Tántalo.
- THOAS. Gran palabra, impasible has pronunciado.
 ¿Llamas tu antecesor á aquel que el mundo
 De antiguo, venerado entre los dioses
 Conoce? ¿Es aquel Tántalo que Júpiter—310
 Se llevó á su consejo y á su mesa
 En cuyo gran sentido y experiencia
 Y razonado hablar, los mismos dioses
 Se complacían como en un oráculo?
- IFIG. El mismo; mas los dioses no debieran—315
 Tratar los hombres como á sus iguales.
 ¡Es la raza mortal por demás débil
 Para no marearse en las alturas
 Inaccesibles! Era demasiado
 Para vasallo del Tonante, y poco—320
 Para igualarse á él, pues era hombre!
 ¡Y de hombre fué su falta! ¡Su sentencia
 Severa! Canta el poeta que arrojado
 Por su deslealtad y su soberbia
 De la mesa del dios fué al viejo Tártaro.—325
 ¡Ay! ¡Aquel odio lo heredó su raza!

- THOAS. ¿Por la culpa de Tántalo ó las propias?
 IFIG. De los Titanes el forzudo pecho
 Y la potente médula, heredada
 Fué en verdad por sus hijos y sus nietos:—330
 Pero de bronce un dios cercó su frente.
 Juicio, moderación, prudencia y calma
 Ocultó á su mirada brusca y fosca:
 Al frenesí llegaban sus deseos,
 Que sin límite hallar, se desbordaba.—335
 Ya el gran Pelops, enérgico, indomable,
 Hijo amado de Tántalo, alcanzara
 Con fraude y muerte la mujer más bella:
 Hipodamia, de Onomao engendrada.
 Dos hijos dió al deseo del esposo:—340
 Atreo y Thyeste. Con envidia veían
 Que el cariño del padre al primer hijo,
 Habido en otro lecho, iba en aumento.
 ¡El odio los ligó en secreto, siendo
 El fratricidio su primera hazaña!—345
 Culpó el Rey á Hipodamia de este crimen;
 Furioso, pide le devuelva al hijo;
 ¡Entonces ella se quitó la vida!
- THOAS. ¿Por qué te callas? Continúa hablando;
 No te arrepientas de ser franca; sigue.—350
- IFIG. ¡Dichoso el que con gusto pensar puede
 En sus antepasados, y al oyente
 Alegre narra sus heroicos hechos,
 Viéndose con placer secreto al término
 De serie tan hermosa, pues no salen—355

Monstruos ni semidioses de repente.
 ¡Sólo una sucesión de hombres perversos
 O bondadosos, el horror produce
 Del mundo ó su delicia! Atreo y Thyeste,
 Muerto el padre, regir debían juntos—360
 La ciudad heredada. No podía
 Durar el buen acuerdo. Pronto Thyeste
 Deshonra el lecho de su hermano. Atreo
 Del reino le arrojó. Thyeste, astuto,
 Meditando maldades, de antemano—365
 Un hijo le robara, y en secreto
 Gozándose, educóle como suyo.
 Llénale el pecho de furor y saña
 Y lo envía á la corte á que asesine
 A su padre, creyéndole su tío.—370
 El plan del joven se descubre; fiero
 Castiga el Rey al asesino enviado,
 Herir creyendo de su hermano al hijo.
 ¡Tarde supo quién era el que á su vista
 Murió martirizado! Al conocerlo,—375
 Para extinguir la sed de su venganza,
 Tramó un plan inaudito. Indiferente,
 Descuidado fingióse; atrajo al reino
 A su hermano y dos hijos: de estos últimos
 Se apodera, los mata, y este horrible,—380
 Repugnante manjar, pone á su padre
 Luego delante en la primer comida.
 Cuando Thyeste comió su propia carne
 Sintió dolor agudo; por los niños

Preguntó; sus pisadas y sus voces—385
 Cree oír á la puerta de la sala,
 Y Atreo, sonriéndose, le arroja
 Los pies y las cabezas de los muertos.
 ¡Horrorizado ¡oh Rey! vuelves la vista!
 ¡Así la volvió el sol y así su carro—390
 Torció también de su carril eterno!
 De tu sacerdotisa los abuelos
 Estos son, y la noche con sus alas
 Cubre muchas maldades de los hombres,
 Muchos hechos perversos del sentido—395
 Que sólo en la penumbra divisamos.

THOAS. Ocúltalos callando. ¡Asaz has dicho
 De horrible! Ahora di: ¿por qué milagro
 De ese tronco salvaje tú saliste?
 FIG. Agamenon, hijo mayor de Atreo,—400
 Es mi padre: mas tengo que decirlo;
 Desde mi tierna infancia en él he visto
 De los hombres perfectos el modelo.
 Dióle en mí Clitemnestra el primer fruto
 De su amor: luego á Electra. En paz reinaba—405
 El Rey, y érale al cabo concedido
 A la casa de Tántalo el reposo.
 Mas faltaba á la dicha de los padres
 Un hijo; satisfecho su deseo,
 Entre las dos hermanas creció Orestes—410
 El predilecto, cuando nuevos males
 A la tranquila casa amenazaban.
 Ya sabéis de una guerra que, en venganza

De haber robado la mujer más bella,
 Toda la fuerza de los griegos principes - 415
 Llevó á Troya. Si la ciudad tomaron,
 Si alcanzaron el fin de su venganza,
 Nunca supe. Mandaba el padre mío
 Al ejército griego. En vano en Aulida
 Vientos propicios esperaron. Diana, —420
 Muy enojada contra el gran caudillo,
 Los retuvo, pidiendo el sacerdote
 Calchas, para ella, al Rey su primogénita.
 Engañando á mi madre nos llevaron;
 Fuí al ara conducida, y mi cabeza—425
 A la diosa ofrecieron. Aplacada,
 No queriendo mi sangre, en una nube
 Me envolvió por salvarme, y de la muerte
 En este templo renací á la vida.
 Esta misma soy yo, la que te hablo, —430
 Soy Ifigenia, de Agamenon hija,
 Nieta de Atreo, de la diosa esclava.

THOAS. No á la hija del Rey doy más confianza
 Ni más favor que á la desconocida.
 Lo que antes te propuse ahora repito:—435
 Ven, sígueme y comparte lo que tengo.

IFIG. ¿Cómo he de osar ¡oh Rey! dar ese paso?
 ¿No tiene sobre mí derecho sola
 La diosa de quien soy? ¿Mi salvadora?
 Ella escogió mi asilo; ella me guarda—440
 Aquí tal vez para que sea consuelo
 En la vejez, de un padre castigado

Asaz, por la apariencia de las cosas.
 Quizás mi alegre vuelta se aproxima.
 ¿Y habría, no atendiendo á sus designios, —445
 Contra su voluntad de encadenarme?
 Si he de quedarme, un signo le he pedido.

THOAS. ¿Qué mejor signo que el que aquí te encuentres?
 No te fatigues en buscar excusas:
 Inútil al que niega es hablar mucho:—450
 De todo, el otro, el nó tan sólo entiende.

IFIG. Mis palabras no quieren deslumbrarte:
 Lo profundo del pecho te he mostrado.
 ¿No te confiesas á ti mismo el ansia
 Que debo yo sentir por encontrarme —455
 Con mi padre, mi madre y mis hermanos
 En nuestra antigua estancia, donde el duelo
 Osaba apenas pronunciar mi nombre
 Y el gozo con guirnaldas engalana
 Cual para festejar un nacimiento?—460
 ¡Ay! ¡Si allá tus bajeles me llevasen,
 A todos nos darías nueva vida!

THOAS. Pues vete; obra conforme á tus deseos,
 Y no escuches la voz del buen consejo
 Ni del juicio. Sé mujer del todo, —465
 Y entrégate al impulso que sin freno
 Te domina y te lleva á la ventura.
 Cuando dentro les arde algún deseo,
 Capaz no hay lazo santo de librarlas
 Del traidor, que las saca de los brazos—470
 Probados de su padre ó de su esposo.

- Y cuando se apagó la llama débil,
La persuasión, con toda su potente
Lengua de oro, en vano se fatiga.
- IFIG. ¡Oh Rey! Recuerda tus palabras nobles.—475
¿Así me pagas la franqueza mía?
¡Te creí preparado á oirlo todo!
- THOAS. Nadie á lo inverosímil se prepara,
Aunque debí aguardarlo. ¿No sabía
Que era mujer la que conmigo hablaba?—480
- IFIG. ¡Oh Rey! ¡No injuries nuestro pobre sexo!
De la mujer las armas, cual las vuestras
Ostentosas no son, pero son nobles.
Créeme á mí; te llevo la ventaja
De ver mejor que tú, tu propia dicha.—485
Sin conocer á ti, ni conocerme
Tú piensas que seríamos dichosos
Uniéndonos; con voluntad sincera
Me instas, me apremias para que me rinda,
Y en cambio yo doy gracias á los dioses—490
Porque me dan bastante fortaleza
Para negarme á un lazo que no aprueban.
- THOAS. Tu corazón lo dice, no los dioses.
- IFIG. Por nuestro corazón ellos nos hablan.
- THOAS. ¿Y no he de oirlo con igual derecho?—495
- IFIG. Ahoga el huracán las voces suaves.
- THOAS. Sólo las oyes tú, sacerdotisa.
- IFIG. ¡Oígalas el monarca antes que nadie!
- THOAS. Tu oficio santo y tu derecho propio
A la mesa de Júpiter, te acercan—500

- Más á los dioses que á un mortal salvaje.
- IFIG. ¡Así me haces pagar mi confianza!
- THOAS. Soy un hombre, y más vale que acabemos.
Mi palabra te di: sacerdotisa
Sé, de la diosa que elegirte quiso;—505
Y Diana me perdone si hasta ahora
Con injusticia y con reproche interno
Le he retenido las antiguas víctimas.
Nuestra orilla, jamás un extranjero
Pisó con bien; la muerte le aguardaba:—510
Hasta que tú, con un afecto tierno
En el cual, conmovido, yo veía
Ya el afecto filial, ya la discreta
Inclinación de esposa, me ligaste
Por magia, y mis deberes di al olvido.—515
Tú mi sentido adormecido habías,
Y no escuché el murmullo de mi pueblo
Que la culpa me achaca, en altas voces,
De la temprana muerte de mi hijo.
Y no ya, el sacrificio que reclama,—520
He de retener más por amor tuyo.
- IFIG. Jamás por mí solicité tal cosa.
Mal juzga las deidades quien las tiene
Por sanguinarias. Este les achaca
La crueldad de sus propios apetitos.—525
¿No me quitó la diosa al sacerdote?
Pues mi servicio prefirió á mi muerte.
- THOAS. No es de razón que las costumbres santas
Antiguas, con liviano, incierto juicio

Entendiendo, torzamos á capricho.—530
 Tú cumple tus deberes; yo haré el mío.
 Ocultos de esta costa en las cavernas
 Se hallaron dos viajeros, que á mi tierra
 Nada traen bueno: en mi poder los tengo.
 Con estos dos, tu diosa recupera—535
 Los derechos que ha tiempo le faltaban:
 Aquí los mando: tu servicio sabes.

ESCENA IV

IFIGENIA

Tú tienes nubes, salvadora mía
 Para envolver la víctima inocente
 Y de los férreos brazos del destino—540
 Arrancándola, á impulsos de los vientos
 El anchuroso espacio atravesando
 De tierra y mar, llevarla donde quieres.
 Tú eres sabia; conoces lo futuro;
 Para ti lo pasado no se borra,—545
 Y en los tuyos reposa tu mirada
 Como tu luz, que es vida de la noche,
 En la tierra reposa vigilante.
 ¡Oh! Preserva mis manos de la sangre
 Que jamás bendición ni paz procura.—550
 ¡Siempre la sombra del asesinado
 En horas de terror y sobresalto
 Al asesino involuntario acecha!
 Porque á la buena raza de los hombres

Aman los inmortales, prorrogando—555
 De buen grado al mortal su corta vida,
 Y gustosos le dejan algún tiempo
 Con ellos recrearse en la celeste
 Contemplación de su morada eterna.

CAPITULO A I FIGENIA